

La aquendidad política. ("El Mercantil Valenciano", Valencia, 7 abril 1918)



# La aquendidad política

A eso que vertiendo la expresión alemana «Realpolitik», le llaman política realística por oposición a la idealista, le llamáramos más bien «aquendidad» política... También este término; «aquendidad», lo hemos forjado, confesemos nuestro delito, sobre un vocablo alemán.

En alemán, «jenseits» quiere decir del lado de allá, allende; y «diesseits» del lado de acá, aquende. Y estos allende y aquende aplicanse a la vida natural y terrena. Hay lo que está del lado acá de la vida, o si se quiere más bien: de la muerte, lo que se refiere a nuestra vida natural y presente y a sus intereses de toda clase, intereses perecederos como la presente vida natural misma, y hay lo que está del lado allá de la vida, o si se quiere más allá de la muerte, lo que se refiere a nuestra vida—que lo es—histórica y futura, siempre futura, y a sus intereses de toda clase; intereses eternos, como es eterna la vida histórica de la humanidad. Porque yo siento que mi personalidad histórica, mi valor eterno en la historia, perdurará de un modo o de otro, después de mi muerte temporal y natural y terrena. Y esto, aun aparte de la creencia que abriguemos respecto a la inmortalidad del alma humana individual. Sé que no debe sacrificar mi persona histórica y eterna, ni aun a los intereses presentes y naturales y perecederos de mi pueblo. Y al valor trascendente, religioso, de esa mi persona histórica y eterna es a lo que llamo mi honor.

Todo el que supedita el honor de un hombre cualquiera, que es el honor de todos los hombres, que es el honor de la humanidad, a los intereses naturales y presentes de un pueblo, de todo el pueblo, se mantiene en el sentido de aquendidad política.

El Antiguo Testamento está lleno de ejemplos de sentimiento de aquendidad, de política realista. Y esto hasta cuando aparecía todo lo contrario. El acto de Judith cortando traidoramente la cabeza a Holofernes para salvar a su pueblo, es un acto así. Y sólo pueden exaltarlos los que encuentran plausible que una mujer alemana o austriaca entregue su cuerpo a un enemigo de su pueblo, se haga la querida de él, no más que para mejor poder ejercer el espionaje.

«Salus populi suprema lex est». Sea ley suprema la salvación del pueblo. Pero hay que ver lo que sea salvar un pueblo, y si acaso no se le salva en la historia y para la historia haciendo que como pueblo deje de tener existencia natural, fundiéndole en otro pueblo, haciéndole desaparecer tal vez.

En política los extremos suelen tocarse en el materialismo histórico, los conservadores extremos; los ultraconservadores o reaccionarios suelen coincidir con los anarquistas. Unos y otros limitan a los intereses naturales y presentes, a los intereses de aquende la muerte, el fin de la política. Ni para unos ni para otros existe la historia como un valor ideal que esté por encima de la vida. Para unos y para otros el fin de la vida es vivirla lo más intensa posible. Unos y otros creen que el hombre no debe aspirar sino a lo que se

llama la felicidad. Ni unos ni otros sienten que la infelicidad de la vida natural y presente pueda resolverse en una alta gloria, y que debajo de esa infelicidad brille una luz de allendidad gloriosa. La vida de un cartujo civil o político — de un Mazzini — les es incomprendible.

La vida para Mazzini, alma de una profunda religiosidad civil, de una profunda civilidad religiosa, era misión.

«Bendigo reverente a Dios Padre por cualquier consuelo de afectos — no conozco consuelos fuera de éstos — que haya querido en mis últimos años mandarme, y saco de ello fuerzas para combatir el tedio de la existencia que a las veces se me encara; pero aunque esos consuelos no fuesen, creo que sería tal como soy. Esplenda el cielo serenamente azul como en una bella mañana de Italia, o extiéndase uniformemente plomizo y color de muerte como entre las brumas del Septentrión, no veo que el Deber se mude para nosotros. Dios está por encima del cielo terrestre y las santas estrellas de la fe y del porvenir resplandecen en nuestra alma, aun cuando su luz se consuma sin reflejo como lámpara en sepultura.»

Así escribía Mazzini, el progresista religioso, el que hizo del progreso una religión, después de contarnos la tempestad de duda por que pasó en enero de 1837 en Londres. Pero es que para Mazzini la política, fundada en sentimiento de allendidad, de perpetuidad histórica, de misión humana a través de los siglos futuros, era religión.

La germanofilia, sea de la derecha o de la izquierda, es ante todo y sobre todo esto: aquendidad, materialismo histórico, lo que llaman política realística. Es menosprecio del Hombre, es inhumanismo. Hay, sí, germanófilos de extrema izquierda, por lo menos de lo que se llama así; pero es que la moral del amo de esclavos es la misma que la del esclavo que se encuentra bien mantenido y bien cebado, y es la misma que la del esclavo que aspira a ser amo de ellos, a ser tirano. Durante la guerra de secesión de los Estados Unidos de la América del Norte los más de los esclavos de los plantadores de los Estados del Sur, de los esclavistas, estuvieron al lado de sus amos y contra los antiesclavistas de los Estados del Norte. Y hoy los esclavos políticos del imperio germánico, socialistas muchos de ellos, están del lado de sus amos y contra los que quieren libertarlos. ¿No les han enriquecido sus amos? ¿No les han asegurado un cierto bienestar en la vida natural y presente? Basta leer a Bebel para ver en qué ponía su suprema aspiración ese pueblo.

Pero aun en el más miserable proletario nuestro, en el que peor lo pasa y más hartío de infelicidad viva, encontraremos el hombre, la persona humana y eterna: el hombre que pone su dignidad antes que su vida. Las huelgas por dignidad son aquí más frecuentes que las puramente económicas. Nuestro hombre prefiere ser tratado como tal, como hombre, aunque se le deje morir de hambre, a ser cuidadosamente cebado, y mantenido, y cepillado, y alojado y emparejado como un animal doméstico. La Arcadia feliz de las Misiones jesuíticas del Paraguay no es para él, no es para nuestro hombre. Aguanta resignadamente su miseria; pero si se le trata como a esos súbditos domésticos del

imperio se les trata, se rebela. Y es que ha sido educado a verse más allá de la vida y de la muerte. Los crímenes llamados pasionales lo prueban.

Pero a éste, nuestro hombre no le llevarían a la muerte para defender no más que el bienestar de los suyos, el engrandecimiento natural de su patria; no le llevarían a la muerte como se le lleva al animal doméstico bien cebado y que va a defender el cebo. Nos place por lo menos creerlo así.

Nos importa muy poco el engrandecimiento natural, el enriquecimiento, la

prosperidad de la patria si ellos han de lograrse a costa de la justicia; si, para conseguirlos se ha de atropellar la dignidad de un solo hombre, sea nacional o extranjero; si se ha de violar la personalidad de alguien. Por encima del interés común está la dignidad común, y la dignidad común no es más que la de cada uno. El honor de un solo ciudadano es el honor de la ciudad toda; la libertad de un solo hombre es la libertad de la humanidad.

Y todo esto sonará a muchos a música celestial.

Miguel de UNAMUNO.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA